

García Martín, Mariano

La Torre de Esteban Hambrán, Toledo, 1896-Alrededores de Afrau, Marruecos, 1921

Cabo de Infantería.

La retirada del ejército del general Silvestre desde Annual, como toda operación de repliegue bajo la presión del fuego enemigo, produjo momentos de desconcierto, en los que se puso de manifiesto la importancia de uno de los valores esenciales para cualquier unidad militar: la cohesión. Esta fundamental cualidad la define la Real Academia Española como «fuerza de atracción que lo mantiene [materia o grupo social] unido». La cohesión de una unidad se sostiene cuando existe a su vez una serie de virtudes, entre las que cabe citar la confianza en la propia capacidad (es decir, en la instrucción recibida); el conocimiento y confianza mutuos entre la tropa y sus mandos; el adecuado equipamiento y la moral.

La moral permite a un soldado mantener su capacidad de combate en circunstancias difíciles. Es una cualidad intelectual fundamental en un ejército, pero que resulta muy afectada ante la falta de alimentos, condiciones meteorológicas adversas o la superioridad enemiga. Solo algunos individuos son capaces de mantenerla en estas circunstancias, gracias a su fortaleza mental y espiritual.

Durante la retirada del 21 de julio se produjo el derrumbamiento de todo el sistema defensivo de posiciones establecido por la Comandancia Militar de Melilla desde finales del año anterior. La desaparición del propio Silvestre y de su Estado Mayor privó de órdenes a las tropas; la inesperada violencia extrema del enemigo hizo que se extendiera un miedo contagioso; la falta de instrucción de algunas unidades y el mal ejemplo de una parte de los oficiales provocaron la caída de la moral y facilitaron la aparición de todos los defectos que contribuyen a la destrucción de la cohesión.

Sin embargo, en mitad de la debacle, no faltaron multitud de ejemplos que demostraron la calidad humana y militar de muchas unidades y de nuestros soldados. Hubo oficiales y sargentos que se sacrificaron para proteger la retirada de sus hombres; unidades que se retiraron en orden al mando de sus jefes, y otras que fueron capaces incluso de actuar ofensivamente contra el enemigo. En las páginas de este libro se encuentran ejemplos de estas unidades que mantuvieron su cohesión. Pero también hubo muestras individuales de comportamiento militar correcto, es decir, de cumplimiento del deber. Y también de su cumplimiento extraordinario, lo que conocemos como valor heroico. Acudiendo de nuevo a la RAE, encontramos que esta define el valor como «esfuerzo eminente de la voluntad hecho con abnegación, que lleva al hombre a realizar actos extraordinarios en servicio de Dios, del prójimo o de la patria».

La retirada de las tropas que guarnecían el campamento de Annual dejó detrás varias posiciones que no recibieron orden clara ni instrucciones concretas. Algunas contemplaron como sus compañeros se retiraban apresuradamente e intentaron hacer lo propio, otras fueron destruidas por el enemigo, otras capitularon. Una de las posiciones que debían retirarse a Annual y no pudieron por estar rodeadas por el enemigo fue la de Afrau. Cercana a Sidi Dris, estaba sobre un acantilado cercano a la costa y la formaban una casa y un parapeto de piedra y sacos terreros. Componían su guarnición ciento quince hombres del Regimiento

de Ceriñola n.º 42, una sección de ametralladoras, dos piezas de artillería Krupp con dieciocho artilleros y destacamentos de Intendencia e Ingenieros, así como treinta policías indígenas. El 22 de julio quedó cercada y bajo el fuego enemigo. Entre sus defensores figuraba Mariano García, cabo de Infantería que llevaba desde 1918 en el regimiento, habiendo demostrado un comportamiento ejemplar durante las campañas.

El primer día de ataque desertaron la mitad de los policías indígenas (muchos lo hacían por miedo a las represalias). El día 23 murió el teniente Gracia, jefe de la posición y de la artillería, que se vio imposibilitada a tirar con eficacia (no había sargento). El día 24 se recibió un mensaje que autorizaba la capitulación, pero no se verificó esta por la negativa del teniente Vara de Rey, que ostentaba el mando. El día 26 de julio, ante la presencia en la playa de buques de la Armada, se decidió la evacuación. Se inutilizaron los cañones y ametralladoras y se repartió la munición. En ese momento murió el médico de un balazo.

La guarnición marchó directamente hacia el mar, batidos siempre por el enemigo. Cubriendo a sus compañeros en uno de sus flancos se hallaba el cabo García, con varios de sus soldados del Ceriñola. Durante este repliegue, recibió un balazo en el vientre. Cuando trataron de recogerle, se negó terminantemente, diciendo que, estando él herido de muerte, continuaran la marcha mientras pudiera hacer fuego con su fusil para protegerles. Otro grupo de soldados que marchaban retrasados intentó recogerle, negándose nuevamente García, que continuó con su fuego de protección. Y finalmente pasó a su inmediatez la fuerza de extrema retaguardia, que también quiso llevárselo, pero volvió a negarse el cabo, urgiéndoles a que se pusieran a salvo por estar él herido de muerte, y que él seguiría protegiéndoles.

Cubiertos en el tramo final del repliegue por el fuego del cañonero *Laya* desde el mar, los supervivientes lograron llegar a la playa, siendo recogidos por la Armada unos ciento treinta hombres, de los cuales más de cuarenta estaban heridos. Mariano García continuó en su puesto hasta que sucumbió. Su cadáver nunca pudo ser identificado. Una Real Orden fechada el 5 de junio de 1922 le concedía la Cruz Laureada de San Fernando a título póstumo, premiando su valor reconocido e, indirectamente, la cohesión demostrada por su unidad.

J. M. G. A.